



## Capítulo 622: Tres días después

Toda la mansión parecía más pequeña cuando Vergil estaba así.

Caminaba de un lado a otro en la sala principal, con pasos pesados, la mandíbula apretada y los dedos abriéndose y cerrándose, como si se estuviera obligando a no destruir algo solo para aliviar su ira.

Tres días.

Tres días.

Tres días desde que Sapphire desapareció en el infierno.



Tres días desde que Katharina desapareció del mundo humano.

Y con cada minuto que pasaba, Vergil parecía ponerse... peor.

Novah estaba sentada en el sofá, con el brazo parcialmente regenerado y la piel aún marcada por runas curativas. Viviane, arrodillada a su lado, mantenía las manos levantadas mientras el brillo verde azulado de su magia espiritual cosía lentamente la carne.

Vergil dejó de caminar por un instante, solo para volver a explotar.

—¿Cómo la perdiste de vista, Novah?

La voz hizo vibrar las ventanas.



Viviane mantuvo su magia activa, pero apretó los labios.

Novah inclinó la cabeza, demasiado asustada para mirarlo. Su voz sonó ronca, cansada:

—Vergil... yo... ella me atacó. De la nada. Sin previo aviso.

Él se volvió hacia ella, con los ojos ardientes.

—¡Katharina no te atacaría así!

Novah apretó los dientes y finalmente levantó la cabeza. Tenía los ojos húmedos, y no solo por el dolor.

—¡Estaba fuera de sí! ¡COMPLETAMENTE fuera de sí! ¿Crees que habría dejado que eso pasara si hubiera podido evitarlo?

Vergil abrió la boca para replicar, pero Viviane habló primero, con firmeza:

—Ha perdido un brazo, Vergil.

La frase cayó como una piedra en la habitación.

Novah continuó, bajando la voz:



—Las llamas del clan Agares... responden a las emociones. Cuanto más descontrolada está, más fuerte se vuelve. Y en ese momento... estaba tan nerviosa, tan destrozada, tan... asustada...

Su respiración se detuvo por un momento.

—... que parecía la propia Sapphire.

El nombre hizo que el aire se volviera más denso.

Vergil se pasó la mano por el pelo y apartó la cara, no quería que nadie viera cómo se mezclaban en ella la preocupación y la ira. Estaba literalmente temblando.



Fue entonces cuando apareció Viola, apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, expresión neutra... pero con mirada seria.

—Probablemente Sapphire haya ido al Abismo.

Vergil giró la cabeza lentamente y la miró fijamente.

—¿Qué?

Viola entró en la habitación con pasos ligeros, como si no quisiera perturbar la herida expuesta que todos allí representaban.

—El Abismo es el único lugar donde Sapphire puede descargar su frustración sin correr el riesgo de destruir la mitad del infierno. O la mitad del mundo humano. —Se encogió de hombros—. Es donde realmente entrena.



—¿Durante tres días?

—Esta vez... probablemente sí.

El silencio se prolongó, incómodo.

Vergil apretó el puño.

Viola continuó, con voz tranquila, pero con esa frialdad analítica:

—Ya sabes cómo se pone cuando pierde la compostura. Sapphire se lo guarda todo para sí misma. Siempre ha sido así. Cuando algo cruza su línea... desciende al Abismo para liberarlo todo.

Una pausa.

«Y por lo que he oído... estaba más nerviosa que en cualquier batalla de los últimos cien años».

Novah volvió a bajar la cabeza.

Vergil respiró hondo, y el aire salió temblando.

Tres días sin Sapphire.

Tres días sin Katharina.



Tres días sin explicaciones.

Era como si el mundo hubiera comenzado a inclinarse hacia una dirección peligrosamente oscura, y él sentía, en lo más profundo de su ser, que algo mucho más grande que una simple desaparición estaba a punto de afectarlos a todos.

Viviane detuvo la curación por un momento y se secó el sudor de la frente.

—Vergil... quizá deberías considerar...

—Iré a buscarla. Viola negó lentamente con la cabeza.

—No sabes dónde cayó en el Abismo. E incluso si lo supieras... Sapphire es la única que puede navegar por allí sin hacerse añicos. El Abismo tiene capas que ni siquiera el infierno puede controlar.

Vergil la miró fijamente, entrecerrando los ojos.

—Entonces dime dónde está.

Viola suspiró. —Si fuera tan sencillo... ya te lo habría dicho.

Vergil permaneció en silencio durante unos segundos, lo suficiente para que Viviane, Novah y Viola notaran que algo había cambiado en su mirada.

Seguía habiendo ira. Seguía habiendo preocupación. Pero ahora... había un brillo diferente.



Determinación.

Levantó lentamente la cara, como si una idea acabara de surgir de lo más profundo de su subconsciente.

«... Realmente soy un idiota», murmuró.

Viola arqueó una ceja. «Eso no es precisamente una novedad, pero ¿de qué te has dado cuenta ahora?».

Vergil soltó una risa baja, una risa seca, casi oscura.

Novah y Viviane intercambiaron miradas tensas.

Nadie allí esperaba que Vergil se riera en ese estado.

Se pasó la mano por la cara, respiró hondo... y luego dijo:

—No necesito adivinar dónde está Katharina.

Novah parpadeó, confundida.

—¿Qué... quieres decir?

Vergil giró la palma de la mano hacia arriba. El aura que lo rodeaba comenzó a retorcerse, envolviendo el aire como un torbellino. En su muñeca aparecieron marcas rojas y doradas, entrelazadas, ardiendo como brasas.



El sello del contrato.

El vínculo primordial.

—Amo y sirviente —dijo Vergil con una sonrisa torcida—. ¿Recuerdas? El contrato sigue vigente.

Viviane abrió mucho los ojos.

«... ¿Su vínculo contigo sigue activo?».

«Por supuesto que sí». Apretó el puño y su aura explotó en un destello azul helado. «Puede ignorarme, maldecirme, golpearme... pero este contrato es indestructible hasta que yo lo cancele».



Viola ladeó la cabeza, interesada.

«Así que vas a rastrearla».

«Exactamente».

Cerró los ojos, respiró hondo y dejó que su energía fluyera a través del sello. Un ligero tirón, como un hilo conectado al alma de Katharina, comenzó a vibrar... luego se estiró, apuntando a algún lugar lejano.

Vergil frunció el ceño. —Qué extraño...

Viviane se acercó. —¿Qué pasa?



—Creía que había vuelto al infierno.

Todos se quedaron inmóviles.

Novah abrió mucho los ojos. «Entonces... ¿no cayó al Abismo?».

«No». Vergil volvió a tensar el vínculo. El sello respondió, como si se rompiera una cuerda invisible que apuntaba hacia el horizonte terrestre.

«Sigue en el mundo humano».

Viola cruzó los brazos. «Eso no tiene sentido. Katharina estaba sufriendo una crisis emocional. Nunca podría quedarse en el mundo humano, probablemente iría al inframundo».



Vergil volvió a reír, ahora con más incredulidad que humor.

«Lo encontré».

Abrió los ojos.

Las risas cesaron.

Solo quedó una mirada confusa... e irritada.

Viviane tragó saliva.



—¿Y dónde está exactamente?

Vergil levantó la mano y el sello proyectó un mapa astral, trazando líneas sobre el globo terráqueo.

La línea brillaba sobre el mar... pasaba por encima de América Central... y se detenía en un pequeño punto en medio del azul turquesa.

Vergil parpadeó.

—... esto está mal.

Novah: «¿Dónde está?».

Vergil miró el holograma con una expresión tan perdida como indignada.

«Katharina está...». Se frotó la cara con la mano libre.

«... ¿en la playa?».

Silencio absoluto.

Viola parpadeó lentamente. «... ¿Qué te parece?».

Vergil amplió el mapa.

El marcador brillaba intensamente sobre un archipiélago.



Una isla paradisíaca.

Aguas cristalinas de color azul.

Bosques tropicales.

Casas de madera.

Y muchos turistas.

«... Está en el Caribe».

Novah palideció. «¿En el... Caribe? ¿Como... el Caribe caribeño?»



Viviane se tapó la boca para no reírse.

«¿Sabes qué es lo peor?», murmuró Vergil.

«La etiqueta indica que está en paz».

«¿En paz cómo...?» preguntó Viola. Vergil dejó escapar un suspiro profundo y desesperado.

«... como alguien tumbado en una hamaca, bebiendo agua de coco».

Silencio.



Entonces Viviane no pudo evitar reírse.

Novah enterró la cara en la almohada.

Viola solo suspiró.

«Entonces... ¿vas a ir a buscarla?».

Vergil apretó el puño con fuerza.

«Por supuesto que sí. Necesito averiguar qué demonios pasó para que ella y Sapphire se pelearan así»....

El Abismo no tenía cielo, solo capas y capas de oscuridad viva, que respiraba como una criatura gigantesca.



Y, sin embargo... parecía demasiado pequeño frente a la furia de Sapphire.

Con cada paso que daba, el suelo se agrietaba.

Con cada respiración, los demonios menores se convertían en polvo.

Y la sangre... la sangre simplemente no dejaba de caer sobre ella.

El propio Abismo parecía estar tratando de alejarla.



Sapphire se encontraba en el centro de un cráter recién formado, con el cuerpo cubierto de cortes que desaparecían tan rápido como aparecían. Cada golpe que daba arrancaba tripas, huesos, almas... era demasiada energía, demasiado poder, demasiada rabia para contener.

Y precisamente por eso... estaba empeorando.

Su voz sonaba ronca, quebrada, pero aún lo suficientemente poderosa como para hacer temblar las paredes del Abismo:

—No le gusto.

Otro demonio se abalanzó sobre ella y lo atravesó con la mano desnuda.



—Mi propia hija...

Le aplastó el cráneo con el puño y la sangre brotó hasta desaparecer en la oscuridad.

«... no se preocupa por mí».

Tenía los ojos completamente inyectados en sangre y las pupilas reducidas a dos rendijas. Su cabello, ese rojo vibrante que siempre llamaba la atención, ahora parecía solo otro mechón empapado en sangre. El líquido le corría por la cara, los brazos y las plumas desgarradas de sus alas.

Sapphire se giró y destrozó a otro demonio en el aire.

«¿Cuándo fue...?». Apartó el cuerpo de una patada. «¿Cuándo me volví tan sentimental...?».



Otro paso. Otro golpe sordo.

Respiraba con dificultad; un vapor rojo escapaba de su boca.

«... tan posesiva...?».

Le temblaba la mano.

No por miedo, Sapphire no conocía ese sentimiento.

Sino por frustración. Por algo más profundo, más humano, más... prohibido.

Hundió los dedos en su propio pecho, como si intentara arrancar a la fuerza lo que sentía.



«Nunca necesité a nadie».

Otro rugido resonó detrás de ella: una criatura del Abismo, más grande, más densa, hecha de carne pura y retorcida. Giró la cara lentamente, con los ojos brillantes.

Y sonrió.

«Genial».

La criatura atacó.



Sapphire atravesó su cuerpo con un solo movimiento, y el impacto hizo que el suelo explotara. La criatura gritó, destrozada desde dentro.

Sapphire se alejó mientras el monstruo se desintegraba detrás de ella.

Un charco de sangre burbujeante se formó bajo sus pies.

«Pero ahora...». Su voz vaciló, solo un poco, lo justo para que alguien atento lo notara.

«...ahora ya no lo sé».

Levantó la cabeza, perdida en el vacío infinito del Abismo.

«¿Me odia...?»



Una lágrima de sangre, que ni siquiera había notado, se deslizó junto con la lluvia carmesí que cubría su rostro.

Y entonces, como si el Abismo respondiera a sus sentimientos, una nueva horda de criaturas comenzó aemerger de las fisuras.

Cien.

Mil.

Decenas de miles.



Sapphire abrió sus alas, haciendo crujir sus articulaciones cubiertas de sangre.

Odio.

Dolor.

Amor.

Miedo a perder, aunque nunca lo admitiría.

«Si así es como tiene que ser...».

Respiró hondo.

«... entonces ven».

Todo el Abismo tembló mientras ella avanzaba.

